

*El pensamiento de Anaximandro y de Heráclito
en relación con el tema de los contrarios*

*The thought of Anaximander and Heraclitus
in relation of the subject of opposites*

MARÍA DEL MAR VILLANUEVA MARTÍN
Universidad de Málaga (España)

RESUMEN

Se analiza a continuación la comprensión de los contrarios en Anaximandro y Heráclito con vistas a sacar a la luz sus semejanzas y diferencias.

PALABRAS CLAVES

HERÁCLITO, ANAXIMANDRO, OPOSICIÓN, CAMBIO

ABSTRACT

This paper discusses the understanding of opposites in Anaximander and Heraclitus with a view to expose their similarities and differences.

KEYWORDS

HERACLITUS, ANAXIMANDER, OPPOSITES, CHANGE

I. PLANTEAMIENTO

LA FILOSOFÍA ARCAICA GRIEGA O PRESOCRÁTICA (siglos VII a V a.C.) centró su interés en el conocimiento del mundo o de la naturaleza, por lo que también se la denomina fisicismo. Dentro de ese estudio, el tema clave que se propuso aclarar fue el de la búsqueda del ἀρχή o principio originario el que proceden todas las cosas. Cada escuela filosófica (la jónica o de Mileto, la pitagórica y la eleática) propuso soluciones distintas y, a veces, se intercambiaron versiones entre ellas, destacando, en general, el enorme esfuerzo de conocimiento que se realizó en ese sentido y lo mucho que se avanzó por el camino de la verdad desde que Hesiodo dijera, en el siglo VIII a.C., que el principio de cuanto existe era el *caos*, hasta que, con un saber casi moderno, Demócrito de Abdera afirmase, en el siglo IV a.C., que el comienzo originario de todo se encontraba en los *átomos*.

Sin embargo, puntualizó Demócrito, para desplazarse, los átomos (cuerpos pequeñísimos en continuo movimiento) necesitaban dónde poder hacerlo y, de este modo, habló de dos principios complementarios, que eran el *den* o “algo” y el *meden* o “no algo”. El primero, (*den*), está constituido por los “átomos” y, el segundo, (*meden*), por el “vacío”, que hace posible el movimiento de los átomos.

Con esto, retoma Demócrito un modo de razonamiento muy utilizado por los presocráticos y que es el de los contrarios u opuestos, el cual consiste en sostener que, a cualquier manifestación, se le contrapone otra de signo contrario. Así, por ejemplo, al frío se le opone el calor; al bien, el mal; a la materia, el vacío; etcétera.

En el intento de dar con lo originario se habló, por otra parte, de las cuatro naturalezas que parecían ser el punto de partida de cuanto se ve y, por ello, se dijo que el origen de todo era el fuego, la tierra, el aire o el agua. A tales naturalezas, a su vez, les correspondían unas cualidades, que eran lo caliente, lo seco, lo frío y lo húmedo. El fuego, por su parte, era mezcla de lo caliente y lo seco, con predominio de lo caliente; la tierra era mezcla de lo seco y lo frío, con predominio de lo seco; el aire era mezcla de lo húmedo y lo caliente, con primacía de lo húmedo, y; el agua combinación de lo húmedo con lo frío, preponderando lo frío.

Este repertorio, no exento de atisbos de Astrología caldea, se prestó bastante al juego de los contrarios y, en buena parte, lo potenció, puesto que dio a entender que una cualidad no puede predominar en solitario,

ya que su expansión indefinida provocaría el fin del orden y del propio universo. Tiene que haber, pues, un equilibrio entre opuestos que garantice y no rompa ese orden natural.

Fueron muchos los filósofos presocráticos que defendieron el asunto de los opuestos como sistema que permitiese la dinámica y la armonía del mundo, pero los más destacados llegaron a ser Anaximandro y Heráclito, por lo que ha de ser en torno a ellos sobre el que gire, con cierto acento de comparatividad, el presente trabajo.

II. EL ASUNTO DE LOS CONTRARIOS EN LA APRECIACIÓN DE ANAXIMANDRO

En lo que respecta a Anaximandro de Mileto, hay que decir que era hijo de Praxiades y que su vida se extendió entre los años 611 y 546 a.C. Afirmaba que el principio y elemento fundamental de lo existente era lo “infinito”, sin que se pudiera definir como aire, agua u otra cosa conocida. Aseguraba, igualmente, que el “todo” es inalterable, aunque las partes se alteren¹. También inventó el “gnomon” y lo colocó en Lacedemonia, del mismo modo que fue el primero en trazar el perímetro de la tierra y del mar y en construir una esfera celeste². Que, además, escribió un libro, intitulado *Sobre la naturaleza*, parece evidente, dejando de él la forma extensa y completa y la resumida o compendiada³. Teofrasto, que leyó este libro, acerca mucho el pensamiento de Anaximandro al de Aristóteles, de quien toma parte de su fraseología⁴.

Asunto de interés en dicho libro es el del nombre que Anaximandro dio a la sustancia originaria, pues si, como parece, la apeló ἀρχή, quiso equiparar la causa material o principio material con el sustrato o esencia de los opuestos, lo que aprueba Aristóteles al considerar que los opuestos de Anaximandro procedían de la materia prima causadora, como recuerda el comentarista Burnet. Literalmente hablando, ἀρχή significa “comienzo” o “fuente”⁵. También se especula con que el ἀρχή lo em-

1 Laercio, Diógenes: *Vida de los filósofos ilustres*; Alianza Editorial, Madrid, 2007; libro II, punto: 1, p. 91.

2 Kirt, G.S.; Raven, J.E. y Schofield, M.: *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*; Editorial Gredos; 2ª edición ampliada, Madrid, 1994; cap. III, aptdo. a, p. 153.

3 *Ibidem*, aptdo.: a, punto: 2, pp. 156 y 157.

4 *Ibidem*, aptdo.: b, p. 161.

5 *Ibidem*, punto: 1, pp. 164 y 165.

please Anaximandro en el sentido de *to apeiron* con lo que quiso expresar lo “espacialmente infinito” o simplemente “infinito”, es decir aquello que carece de término, límite o definición. Esto coincide con la idea de Anaximandro sobre que la materia original tenía extensión indefinida y circundaba todas las cosas, siendo su indefinición tanto espacial como específica, al no identificarse con cosa alguna conocida. También era temporal, puesto que por duración era inmortal⁶. La cuestión se plantea cuando Anaximandro prefiere la explicación de los opuestos y, al ser tales, éstos no pueden ser infinitos, pero al mismo tiempo, algo que no es infinito, no puede garantizar la perpetuidad del mundo, porque se agota, lo que obliga a buscar una sustancia fuera de los elementos o cosas conocidas, de modo que ese sería el motivo de que Anaximandro llamara *apeiron* a la materia primigenia del orbe y no exactamente ἀρχή (equivalente a lo infinito). También alegaba en pro del enfrentamiento entre opuestos que no había desgaste y que la lucha garantizaba, así, el equilibrio⁷. Por otra parte, se ha dicho que lo “indefinido” de Anaximandro era omniabarcable, omnirector, divino e inmortal, pero no está claro que fuese así, porque lo de “todo lo abarca y todo lo gobierna”, de Aristóteles, se refiere al “infinito” y no al “indefinido”, del que tampoco se puede decir que controlara o pilotara el mundo, supuesto que parecía no hacerlo consciente, en el decir de Anaximandro. Sólo que su “Indefinido” llegó a ser considerado Infinito y, por eso, su acción llega a ser “intencionada”, controlando por circunvalación o envolvimiento, por inmanencia en las cosas y por una organización del mundo basada en la ley del cambio. Ese Infinito pronto llegó a ser considerado “divino” y como penetrando el mundo con su sustancia divina. Anaximandro lo pudo admitir con la condición de que esa ley procedente de lo Infinito divino marcara el equilibrio y retribución entre los opuestos. Fue fácil que, como Homero, Anaximandro aplicara a lo Indefinido atributos divinos⁸.

Para Anaximandro, en efecto, los “opuestos” tenían un papel importante en la cosmogonía y en la evolución del mundo. También Heráclito admitió la interacción de opuestos, aunque corrigió a Anaximandro con la paradoja: “discordia es *justicia*”. El primero en hablar de sustancias naturales opuestas fue Anaximandro, que atribuyó a ellas los cambios

6 *Ibidem*, punto: 2, pp. 166 y 167.

7 *Ibidem*, punto: 4, pp. 172 y 173.

8 *Ibidem*, punto: 5, pp. 173-177.

estacionales como el desquite de unas sobre otras, siendo los opuestos en cosmogonía el frío, el calor, la sequedad y la humedad, a los que unía otras cosas que, encerrando oposiciones, no eran verdaderos opuestos⁹. Parece, además, que Anaximandro expresó la frase de que *las sustancias que se oponen pagan retribución a su propio opuesto y a ninguno otro*, con lo que parece aludir al principio de causalidad entre efectos concordantes, junto con la especialización de funciones en el mundo diferenciado. Esta afirmación, no obstante, condujo a equívoco a Teofrasto, que supuso que Anaximandro aludía al comportamiento y la justa retribución que cada elemento recibía por su actuación¹⁰.

También Teofrasto atribuye a Anaximandro la separación de los mundos innumerables, aunque no la de los opuestos, para explicar cómo éstos procedieron de lo Indefinido, a lo Simplicio dice que esa procedencia o separación proviene del movimiento eterno, con su fuerza divergente, o sea, que se fueron separando desde *el exterior*, y no *desde dentro*. Admite, así, Teofrasto que en Anaximandro está implícita la idea de la separación de lo Indefinido, junto con la de los opuestos, aunque no aclare cómo se separaron éstos de aquel. Puede, incluso, que los que se separaron no fueran los opuestos sino lo que los producía, algo así como semillas o un vórtice que expulsaba sus esencias al exterior. De todos modos, Anaximandro no analizó con claridad lo Indefinido¹¹. Conviene, pues, abstenerse de emitir un juicio sobre lo Indefinido y la procedencia de los opuestos, sin caer en excesos, cual sería el suponer, por ejemplo, que hubiese un “intermediario” entre lo Indefinido y los opuestos¹².

De acuerdo con el gran comentarista Simplicio, hay que pensar que Anaximandro buscó la *génesis* de los elementos en la separación de los contrarios, la cual, como queda dicho, la causó el movimiento eterno. No obstante, Aristóteles consideraba que los contrarios, como decía Anaximandro, estaban en el Uno separados. Ese Uno era infinito e ilimitado y fue llamado *to apeiron* por Anaximandro, si bien se había llamado antes *ἀρχή*, que era lo perceptible o parte del mundo o cosmos que se captaba con los sentidos y en el que lo no perceptible se explicaba a través de lo perceptible. La esencia o punto de partida del universo ha de ser lo más simple y primitivo de él. La frase “en el uno y separados”, en conclusión,

9 *Ibidem*, aptdo.: c, punto: 3, pp. 180 y 181.

10 *Ibidem*, punto: 5, p. 183.

11 *Ibidem*, aptdo.: e, punto: 2, pp. 193-195.

12 *Ibidem*, punto: 3, p. 197.

indicaba que estaban los contrarios en el Uno o lo Ilimitado y que se fueron separando de él, pero sin procesos cosmogónicos y sólo por decreto del tiempo. Anaximandro no buscaba la descripción de fenómenos sino lo que estaba detrás de ellos. En ese sentido, fue un verdadero filósofo, tal vez el primero¹³. Presentía que había una realidad imperceptible detrás de los fenómenos, siendo esa realidad la que le interesaba y no el fenómeno físico que iba delante, lo que le llevó a descubrir los llamados contrarios primarios, que después se verían aprobados al expresar Platón y Aristóteles que en todo elemento había sustancia (que era el contrario) y atributo (que era el fenómeno o elemento percibido). Esos contrarios, actuando sobre sus contrarios, generan un conflicto evidente, pero necesario, pues si un contrario se impusiera en la lucha, todo perecería; v.g.: si el fuego (o su calor que es su esencia) se impusiera y nada lo apagara o mitigase, el mundo entero perecería. Pero cuando un elemento quiere imponerse, los otros elementos lo castigan, siendo eso lo que descubrió Anaximandro: que hay una tendencia natural en cada uno de los elementos a destruir a su contrario, por cuyo motivo la victoria entre los contrarios nunca es completa, para que pueda existir el orden natural, sustentado en la *phýsis* (equivalente a estado o estructura física de una cosa), que desplaza a lo mitológico, creando una nueva concepción de mundo, que es la natural, que sostiene que éste se ha originado en un momento determinado a partir de algo más sencillo de lo que es ahora, es decir, de una estructura muy simple¹⁴.

El “ápeiron” fue considerado cuantitativamente infinito por Anaximandro, ante el depósito que ha de contener de cuerpos complejos y los contrarios existentes, pues ser y perecer es un proceso circular y lo que parece no desaparece sino que toma materia diferente, de modo que toda nueva existencia ha de aportarla, por consiguiente, el ápeiron de su reserva. Anaximandro lo consideró, en efecto, como una masa enorme que rodea la totalidad de nuestro mundo, a modo de esfera descomunal que se confunde con lo indeterminado, aunque acaso con una indeterminación interna más que con la infinitud espacial o indeterminación externa. El tosco lenguaje de su época no le permitió matizar mejor, siendo así que, para expresarse con más acierto, hubiera necesitado a la precisión

13 Guthrie, W.K.C.: *Historia de la filosofía griega*, tomo 1 “Los primeros presocráticos y los pitagóricos”; Ediciones Gredos, Madrid, 1984; cap. IV, aptdo.: c, punto: 2, pp. 83-85.

14 *Ibíd.*, punto: 3, pp. 85-89.

aristotélica sobre las distintas formas del ser. Los contrarios, pues, los mantuvo dentro del ἀρχή todo el tiempo que creyó oportuno, admitiendo lo de que “todo puede originarse a partir de una sola cosa”, si bien, al admitir esto, cayó en la trampa de considerar múltiple al Uno o lo simple¹⁵. La ἀρχή como conductora se reviste de intención e inteligencia y, por eso, toma rasgos divinos, que se transmiten al conjunto del ἀπειρον de Anaximandro¹⁶.

Sea como fuese el proceso ocurrido, los contrarios, concentrados en una suerte de huevo viviente o matriz, se terminan separando de lo Ilimitado y se convierten en masa de fuego, que encierra frío y humedad, separándose primero lo caliente de lo frío, para hacer después lo mismo lo seco y lo húmedo, con lo que se constituyen el mar, la tierra seca y la atmósfera o niebla. Tras la separación de los contrarios u opuestos entre sí, el proceso cosmogónico prosigue con el ejercicio de los poderes que poseen los contrarios, jugando un papel muy especial el calor, que seca la humedad y, luego, prepara el mundo para la *génesis* de la vida¹⁷. Esta descripción indica el papel tan fundamental que desempeñaron los contrarios en la formación cosmogónica del mundo.

Lo de que “las cosas perecen en aquellas otras de las que han recibido su ser”, es una clara muestra de la actuación concertada de dos contrarios esenciales en el mundo: la vida y la muerte; ya que la vida causa muerte y, ésta, engendra vida. Es el ciclo natural, del que sólo se libra lo Ilimitado, que es el *apeiron* de Anaximandro de Mileto, el cual lo define como “eterno y sin edad”, “inmortal e indestructible”. Acerca del fin del mundo, parece que piensa este autor en que el agua se secará por el calor, pero que no lo reabsorberá el *apeiron* o ἀρχή, que es lo distinto a los elementos conocidos. Conviene advertir que tampoco creía Anaximandro en el triunfo o injusticia final de alguno de los contrarios, aunque se hablase de que el mundo sería destruido por el fuego y, después, tras un resurgimiento, por el agua, con una inundación¹⁸.

También en la meteorología se aprecia la intervención de los contrarios, pues explica Anaximandro que, al separarse el agua de la tierra, se formó la atmósfera con vapor de agua y por la acción del Sol, tras lo cual la atmósfera se dividió, a su vez, en dos sustancias, que fueron la más

15 *Ibidem*, punto: 4, pp. 90-93.

16 *Ibidem*, punto: 5, p. 94.

17 *Ibidem*, punto: 6, pp. 97 y 98.

18 *Ibidem*, punto: pp. 105 y 106.

ligera y seca, que formó el viento, y la más pesada y húmeda, que formó las nubes y lluvia. Lo húmedo y lo cálido fueron los agentes más decisivos en este proceso, que termina con la aparición de la vida. Viento y lluvia, por su parte, son los causantes del trueno y del relámpago, los cuales, a su vez, son el resultado de la explosión de una nube, que ocurre cuando una masa ligera de aire queda oprimida por otra más densa que la aprieta y, por ello, estalla¹⁹.

Es admirable comprobar, con este último razonamiento de Anaximandro, cómo se anticipa éste a los conceptos de la meteorología moderna, al describir en el estallido de una masa de aire el proceso de formación de un frente ocluido. Por lo demás, en todo lo referente a meteorología se advierte la presencia de los contrarios en todas las dualidades antagónicas que establece.

En relación con esto, y según C.J. Classen, el equilibrio de los contrarios no depende de un poder más alto, para la apreciación de Anaximandro, sino que está garantizado por sí mismo en el orden del tiempo, por lo que no se puede atribuir a lo Infinito de Anaximandro un “gobernar” y, además, el *apeiron* de este pensador debe de ser entendido espacialmente, de suerte tal que lo abarca todo pero no gobierna²⁰.

Las contrariedades, además están contenidas en el sustrato, que es un cuerpo infinito, y se separan de él, según Anaximandro, que, por su parte, cambió de nombre al sustrato, llamándolo “principio”. Esas contrariedades a que alude hay que decir que son lo caliente, lo frío, lo seco, lo húmedo, etcétera, o sea propiedades de los cuerpos que los presocráticos consideraban como agentes naturales. También a las contrariedades se las conocía como contrarios u opuestos, según se ha dicho más anteriormente. Anaximandro, incluso, llega a referirse a las “oposiciones” de las “cosas”, dotadas de cualidades propias²¹.

Como era habitual en aquella época, Anaximandro empezaría sus razonamientos con una hipótesis sobre el origen del mundo, en la que la materia primordial no era agua, como en Tales de Mileto, sino el *apeiron* o “principio”, que es “lo que carece de límites” y venía a designar cosas grandes e imprecisas, e incluso, “lo que no se parece a nada de lo que conocemos” o lo “indefinido”, sin llegar al extremo de “infinito”, aun-

19 *Ibíd*em, punto: 8, pp. 110 y 111.

20 *Los filósofos presocráticos*, editorial Gredos, S.A., Madrid, 1986, col. Biblioteca Clásica Gredos, núm. 12, vol. I, pt. 1^a; cap. VIII, aptdo.: h, p. 109.

21 *Ibíd*em, aptdo.: g, p. 104.

que, con el tiempo, sí se llegó a ello. Cualidades del *apeiron* son el ser inmortal e indestructible²².

Para Anaximandro los “contrarios” son entidades, como el agua, y entre ellos hay oposición por exceso de uno y, luego, del otro, a lo que Anaximandro aplica el modelo de los comportamientos humanos, con injusticias de uno y castigo correspondiente aplicado por el otro contrario, ya que siempre actúan en parejas. El motivo de la injusticia es que se ha roto un plan equilibrado previo. Al final, todo se disuelve en el *apeiron*, para, a continuación, volver a empezar. Esto se inspira en modelos indoiranios sobre el mundo. Como consecuencia de este equilibrio entre opuestos, la Tierra, que es de forma cilíndrica según Anaximandro, se mantiene suspendida “por la equidistancia de las cosas”, sin moverse ni ir hacia punto alguno²³. Este razonamiento de dinámica viene a ser una aplicación primaria del principio de razón suficiente.

III. EL ASUNTO DE LOS CONTRARIOS EN LA APRECIACIÓN DE HERÁCLITO

En lo que respecta a Heráclito de Éfeso, hay que decir que nació en el 576 a.C. y murió en el 480 a.C. y que fue hijo de Blosón o, según algunos, de Heraconte. Tuvo su momento de plenitud en la Olimpiada sesenta y nueve (504-501 a.C.) y fue más allá que cualquier otro. Era altanero y despectivo, como se ve, incluso, por su propio libro, en el que dice: *La erudición no enseña a tener entendimiento*²⁴. Cuando era joven afirmaba saber nada; pero al hacerse adulto, que lo sabía todo. De nadie fue discípulo; sino que dijo que se había buscado a sí mismo y que de sí mismo lo había aprendido todo. El libro que se le atribuye es, según su contenido, un compendio *Acerca de la naturaleza*, y está dividido en tres tratados: uno sobre el universo, otro político y otro teológico²⁵. Lo depositó en el santuario de Ártemis, según se dijo, habiéndose cuidado de escribirlo en un estilo bastante oscuro, con el fin de que sólo los capaces lo hallaran accesible y no fuera despreciado fácilmente por el vulgo²⁶. Lo

22 *Fragmentos presocráticos, de Tales a Demócrito*; Alianza Editorial, 3ª edición, Madrid, 2008; cap. II, p. 51.

23 *Ibidem*, pp. 52-54.

24 Laercio, Diógenes: *Vidas de los filósofos ilustres*, Alianza Editorial, Madrid, 2007; libro IX, punto: 1, p. 457.

25 *Ibidem*, punto: 5, p. 459.

26 *Ibidem*, punto: 6, p. 459.

que en tal libro afirma es que todas las cosas surgen por oposición y que el cosmos es uno solo y que se origina en el fuego, volviendo a consumirse en él alternadamente, según ciertos periodos de duración. De los contrarios anota que, lo que les lleva al nacimiento, es la guerra y la discordia, mientras que, lo que los conduce a la conflagración, es la paz y la concordia. Señala, además, que la transformación es un camino hacia arriba y hacia abajo, existiendo el cosmos en conformidad con este proceso²⁷.

Expuesto en síntesis lo que representa Heráclito, de acuerdo con lo que de él dice Diógenes Laercio, ahora se pasa al estudio detenido de esos correspondientes aspectos, siguiendo criterios de otros autores y centrando la atención, como en el caso de Anaximandro, en el asunto de los contrarios u opuestos.

En el estudio de la naturaleza le sorprendió e interesó, igual que a todos los pensadores presocráticos, el tema del “cambio” en el orden natural, aunque lo minimizó diciendo que, en lo esencial, las cosas son “lo mismo”, aunque no sean “idénticas”. Por ello, llegó a afirmar que también son “lo mismo” los opuestos. Platón y Aristóteles hablaron del “flujó” como demudación que todo lo cambia, aunque sin destruir ni transformar las esencias subyacentes, cosa que sería lo que pensase Heráclito, que, como buen metafísico, se ocupaba más de la realidad unificadora oculta que del desarrollo o cambio externo²⁸. De la palabra *Lógos* parece que entendiera que es algo así como “cálculo”, “medida” o “proporción” pero en alusión al constitutivo cósmico primario, extensible idealmente al fuego²⁹. Esta opinión muestra, en efecto, que Heráclito iba al fondo de las cosas. Para mostrar la unidad esencial entre las cosas, presentó ejemplos como los siguientes: 1º, el camino arriba y abajo es uno y el mismo; 2º, la enfermedad hace a la salud agradable; 3º, el mar es el agua más pura y más corrupta (se refiere a ser buena para el pez y mala para el hombre); 4º, la enfermedad hace a la salud agradable y buena; 5º, lo mismo es vida y muerte, velar y dormir, juventud y vejez; aquellas cosas se cambian en éstas y éstas en aquellas. Con estos ejemplos ofrece tipos diferentes de conexión entre opuestos, como que igual causa puede producir afectos diferentes, que es preciso conocer al opuesto para valorar una cosa, y que

27 *Ibíd*em, punto: 8, p. 460.

28 Kirk, G.S.; Raven, J.E. y Schofield, M.: *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*. Ediciones Gredos, 2ª edición, Madrid, 1994, cap. VI, aptdo.: d, p. 272.

29 *Ibíd*em, aptdo.: e, punto: 1, p. 274.

muchos opuestos son lo mismo por ir siempre juntos. El matiz que introduce con respecto a Anaximandro, es que *nunca* hay división realmente absoluta de opuesto a opuesto³⁰.

Se advierte en esta apreciación de los contrarios, además, que, más que oposición, los contrarios comportan alternancia o polaridades, como se comprende en el siguiente párrafo: *las cosas en conjunto son todo y no todo, idéntico y no idéntico, armónico y no armónico, lo uno nace del todo y del uno nacen todas las cosas*. Esta alternancia hace, igualmente, que las cosas se aprecien de conjunto o entre sus dos extremos, que vienen a ser los opuestos o contrarios. El cambio es la actuación entre opuestos. El conjunto, por otra parte, forma la unidad, de manera tal que “todas las cosas forman una unidad”, o sea que “la unidad es pluralidad y, la pluralidad, es unidad”. La materia originaria, según los milesios, es divina y Dios se identifica con el Logos, que marca el constitutivo de las cosas para que se hagan opuestas y garanticen el cambio equilibrado entre contrarios. La pluralidad total de las cosas, según Heráclito, forma un complejo singular, coherente y determinable, al que lo llamó “unidad”³¹.

Pero la unidad de las cosas no está en lo superficial sino bajo la superficie, dependiendo de la reacción equilibrada entre opuestos. De ese modo, si el equilibrio entre los opuestos no se mantuviera porque uno de ellos excediera a los otros, cesaría la coherente unidad del mundo³². Resulta, así, que el equilibrio pleno del cosmos sólo puede mantenerse si el cambio en una dirección comporta otro equivalente en la dirección opuesta, es decir, si hay una incesante “discordia” entre opuestos. De aquí pasa a elogiar a la guerra, considerándola como *el padre y el rey de todas las cosas*, aunque el término “guerra” o discordia viene a ser una metáfora que simboliza la fuerza del cambio en el mundo. El cambio más radical es el que va de un extremo a otro, es decir, de un contrario a otro contrario, en forma recíproca, porque si la guerra o discordia cesara, el vencedor en cada lucha de extremos establecería un dominio permanente y el mundo como tal quedaría destruido. Porque todas las cosas deben cambiar, salvo las que, por el momento, son evidentemente estables³³.

30 Ibídem, punto: 2, pp. 275-277.

31 Ibídem, punto: 3, pp. 277-279.

32 Ibídem, punto: 4, pp. 280 y 281.

33 Ibídem, punto: 5, pp. 282-284.

No cabe duda de que, el concepto guerra o discordia, lo toma Heráclito como dinámica constructiva o superadora y que al fuego lo considera como el carburante o fuente de energía que pone en funcionamiento esa lucha o agonía de progreso o, como mínimo, de mantener el equilibrio entre pares contrarios. Acaso la dinámica belicista de Heráclito se redujera a la frase que afirma que “el afán de superación es lucha”. En lo que sí manifestó un intuitivo acierto, fue al establecer que *el equilibrio total del cosmos sólo puede mantenerse si el cambio en una dirección comporta otro equivalente en la dirección opuesta*, ya que con ello parece anticiparse a la “teoría de las cuerdas”, establecida por el astrofísico Brian Greene, para explicar el estado de equilibrio en que se mantiene el Universo, en virtud de la interacción de las cuatro fuerzas físicas que rigen la naturaleza.

La idea del cambio continuo por el fluir incesante de las cosas, la refleja Heráclito en su imagen del río, del que dice que nadie puede bañarse dos veces en el mismo río, porque, igual que sus aguas, todo se mueve y nada está quieto. Hasta lo que aparentemente parece estable está *sujeto a cambio*. De aquí vienen dos contrarios, que son *mismo* y *diferente*, igual que del fluir del agua o de las cosas vitales vienen estos otros dos: quietud y movimiento. El río aporta una imagen del equilibrio cambiante de los elementos del mundo. Todo, hasta lo más duro o resistente, debe *finalmente* cambiar para dejar paso a otras estructuras y permitir el proceso de los constitutivos del mundo³⁴.

Después del tema de la discordia o guerra, viene como muy heraclíteo, el del fuego, al que el autor aludido lo identifica con el cosmos, porque éste siempre será fuego, según él. Eso no quiere decir que todo el Universo esté ardiendo simultáneamente sino que, cuando un fuego se extingue en un lugar, se enciende en otro distinto. Es la fuente continua de los procesos naturales y, junto con la tierra y el mar, uno de los tres componentes esenciales del mundo. Todo fuego, además, personifica la regla de la medida en el cambio inherente al proceso del mundo, del que el Logos es una expresión. Esto garantiza la oposición de los opuestos y hasta su unidad a través de la “discordia”. El fuego o éter, cual un anillo, circunda el mar o elemento líquido, porque el fuego cósmico se convierte en agua y tierra, habiendo igual cantidad de fuego, mar y tierra³⁵.

34 Ibídem, punto: 6, pp. 284-288.

35 Ibídem, punto: 7, pp. 288-291.

De los cuerpos celestes dice Heráclito que son cubetas sólidas llenas de fuego, que se alimenta de las exhalaciones húmedas procedentes del mar, que les sirven de combustible. Ese es el modo en que el agua se cambia en fuego. De ahí vienen, según Teofrasto, las *dos* exhalaciones que le atribuyeron a Heráclito, y que son la húmeda y la seca³⁶.

Se trata de otro caso de contrarios en los que este pensador basó su discurso.

En lo que respecta al alma humana, que es fuego, su muerte, para Heráclito, era convertirse en agua, igual que para el agua su muerte es hacerse tierra, aunque resta la esperanza que de la tierra nace el agua y, del agua, el alma. Además, un alma seca es sabia y buena, lo contrario de un alma húmeda³⁷. De todos modos, no todas las almas pueden pasar por la “muerte” de convertirse en agua y dejar de ser alma, porque las almas virtuosas no se convierten en agua a la muerte del cuerpo, sino que sobreviven para unirse definitivamente al fuego cósmico³⁸. Se trata de un caso de potenciación de un elemento, que es el fuego, con elemento semejante, que es el fuego del alma.

En relación a los misterios religiosos, Heráclito fue poco crédulo, aunque admite que pueden conducir a la comprensión del Logos, si se entienden correctamente. En ese sentido, establece una implícita identificación entre dos opuestos muy significativos, que son Hades y Dioniso, cuyo culto encierra un mensaje que lo hace provechoso, ya que Hades representa la muerte y, Dioniso, la vida exuberante, simbolizando la mutua relación que hay entre ambos, ya que de la vida viene la muerte y, de ésta, vuelve a surgir la vida³⁹.

Aunque las leyes humanas no siempre son justas, por otra parte, las promulgadas por hombres sabios con almas ígneas sí lo son, lo que otorga cierto carácter divino a esas leyes, pues se vinculan, a través del fuego espiritual de sus creadores, con el fuego cósmico, que es divino, según Heráclito que también incluye en ese grupo de leyes sacras las máximas delficas de “Conócete a ti mismo” y “Nada en exceso”, junto con algunas otras, como la suya propia de “me busco a mí mismo”⁴⁰. Con todo esto, intentaba explicar el mundo como una totalidad, lo que implicaba el

36 *Ibidem*, punto: 8, pp. 293 y 294.

37 *Ibidem*, punto: 10, pp. 296 y 297.

38 *Ibidem*, punto: 12, p. 302.

39 *Ibidem*, punto: 13, pp. 305 y 306.

40 *Ibidem*, punto: 14, pp. 307 y 308

acercamiento de contrarios y la reversibilidad de sus polos opuestos. La conducta humana, ciertamente, está gobernada por el mismo Logos que gobierna el mundo exterior. Ese Logos es ígneo, por ser fuego cósmico, igual que es ígnea el alma humana, de modo que hay que procurar que no se apague ese fuego del alma, para que permanezca ésta vinculada al Logos o fuego cósmico. El medio para evitar que las almas se humedezcan y apaguen su hoguera, es buscar la comprensión del Logos y el conocimiento de la verdadera constitución de las cosas, suprimiendo, al mismo tiempo, la estupidez y la insensatez humanas⁴¹.

En realidad, la exposición del pensamiento de Heráclito es difícil, tanto porque sólo quedan fragmentos de sus escritos como por la forma de expresión del autor, que es considerada como muy oscura. De ahí la multitud de comentaristas que ha tenido su obra y la dificultad de poder pronunciarse de una forma definitiva y contundente sobre ella⁴². Incluso, ni se sabe exactamente si este pensador escribió un libro o sólo escritos sueltos, ya que es a partir de Aristóteles cuando se empieza a hablar de *biblion* (libro), como se desprende de la siguiente opinión del Estagirita: *Era arrogante y altanero, como su mismo libro evidenciaba*. Se ha sugerido, incluso, que en vida de Heráclito o poco después de su muerte algún discípulo suyo hiciera una recopilación de sus sentencias en forma de libro. En ese caso, el tal libro sería una colección de aforismos. No falta, empero, quien afirme (Regenbogen) que Platón y Aristóteles tuvieron el libro *completo* de Heráclito en sus manos. También parece que Parménides conoció esa obra, puesto que cita muchas de sus frases con ánimo de crítica⁴³.

En realidad, Heráclito se deleitaba con la paradoja y con los aforismos expuestos con sentido metafórico y simbólico. Sus seguidores mantuvieron el amor por lo enigmático y paradójico pero sin el talento de su maestro. También, como él, quisieron ser individualistas y autodidactas, así como amigos de no emplear claridad en lo que decían. Esta actitud hizo pensar que Heráclito despreciaba a la humanidad, como parece que quiso expresar en sus escritos: *la mayoría de los hombres son malos* —dijo. Admitía que la verdad era para todos pero que la mayoría de las personas son estúpidas para entenderla y percibirla. Otro motivo de su oscuridad fue la

41 *Ibíd*em, aptdo.: f, pp. 309 y 310.

42 Guthrie, W.K.C.: *Historia de la Filosofía Griega*, tomo 1, Editorial Gredos, Madrid, 1984; cap. VII, aptdo.: 1, p. 380.

43 *Ibíd*em, aptdo.: 3, pp. 383 y 384.

sutileza de su pensamiento, que no estaba a la altura de sus contemporáneos para que la pudiera entender⁴⁴.

El estilo de expresión de Heráclito, por su tono profético, se le puede considerar como oracular, y él mismo mostró su respeto por la Sibila y por Apolo délfico, que indicaba las cosas mediante una imagen, en lugar de nombrarlas, igual que hacía él con el empleo de las metáforas y con el doble sentido. Además, despreciaba el aprendizaje, se investigaba a sí mismo, hablaba para que sólo lo entendieran los hombres inteligentes y su lenguaje fue el de los inspirados, como los poetas, los profetas y los maestros de religiones históricas. De los filósofos pensaba que acumulaban sabiduría pero que no sabían qué era lo útil⁴⁵.

En lo que creyó Heráclito fue, ante todo, en el Logos, que determina el curso o destino de todo lo que acontece. En sentido amplio significa cosas muy distintas, pero Heráclito lo empleó para nombrar aquello que ordena todas las cosas, asegurando de él que existe de siempre y que los hombres son incapaces de comprenderlo, porque no se dan cuenta de lo que hacen mientras que están despiertos, procediendo igual que si estuvieran dormidos. A este Logos le corresponde el acto de pensar o reflexionar, representando tanto el pensamiento humano como el principio rector del Universo, equivaliendo, casi a la ἀρχή de los filósofos anteriores a Heráclito. Este Logos es, pues, la ley que otorga orden al mundo y que puede ser comprendido por las mentes humanas, pudiendo ser simbolizado por el timonel que gobierna el mundo. Por los sentidos los humanos pueden comunicar con el Logos, cuyo aspecto material es el fuego o exhalación seca de la que se compone el alma, mientras que la muerte consiste en que el alma se convierte en agua, mientras va produciéndose produce un cierto placer, mientras que el alma va envileciéndose. Luego, el agua se convierte en tierra. Dada la equivalencia de alma y fuego, el comportamiento del sol y los animales es inevitablemente analógico. El Logos es la expresión verbal de la vida eterna, el Uno que es todo y el principio divino e inteligente que nos rodea y ordena el cosmos⁴⁶. Junto al Logos, igualmente, están los elementos que permiten explicar la verdad y sobre los cuales hay que tener en cuenta tres cosas: a) la armonía es el producto de los contrarios en base a sus propias luchas; b) todo está en continuo movimiento y cambio, y; c) el mundo es un

44 *Ibidem*, aptdo.: 5, pp. 386-390.

45 *Ibidem*, aptdo.: 6, pp. 390-392.

46 *Ibidem*, aptdo.: 9, pp. 395-409.

fuego vivo y eterno. El Logos, pues, se manifiesta a través de sus elementos acompañantes, que adoptan la dinámica de los contrarios⁴⁷.

Con referencia a la primera afirmación, hay que decir que la *harmonía* de Heráclito era opuesta a la de los pitagóricos, significando para Heráclito acuerdo o correspondencia entre partes o elementos distintos, como el equilibrio entre frío y calor o cualquier otro par de opuestos, aunque eso siempre signifique una lucha o tensión entre opuestos, cosa que jamás desaparece, por lo que han de tolerarse o acordar paz para hacer posible la subsistencia. También han de tener capacidad de comprensión para entender dónde se encuentra la verdad. Los aspectos de la doctrina de la “armonía de los contrarios” tiene tres aspectos: 1º) Todo es producto de los contrarios y está sometido, por ello, a tensión interna (supone esto que la armonía *aparente*, el descanso o la paz es en la *phýsis* o constitución real de las cosas un estado de equilibrio precario entre estas fuerzas), 2º) la identidad de los contrarios (debe aquí de considerarse lo que los hombres tienen por costumbre el separar u oponer, por motivos de sucesión, relatividad de valor, o relación de valores en la esfera de los contrarios), y 3º) la guerra (que es fuerza universal creadora y dominante y el padre y rey de todo, siendo común porque el Logos es ya ley de discordia)⁴⁸.

Con respecto a la segunda afirmación, insiste Heráclito en que es necesario el movimiento continuo, porque “la armonía es el producto de los contrarios”, y es necesario ese movimiento para que se integren las partes contrarias y haya orden. De ese modo se demuestra que las cosas existen, como reconoce Platón, y “que todo se mueve permanentemente y nada permanece”, lo que fue comentado por Aristóteles, que lo atribuya a Heráclito, mostrándolo como algo difícil de aceptar, porque implica que *todo* esté *siempre* moviéndose. Además, la doctrina del cambio continuo de los objetos físicos está muy relacionada con la de la identidad de los contrarios, ya que el cambio es cíclico (de *a* hacia *b* y, luego, de *b* hacia *a*) y, para Heráclito, lo que vuelve a ser lo que era antes, es porque ha sido lo mismo todo el tiempo, con lo que también se demuestra el carácter circular del tiempo, que, año tras año, repite sus cambios estacionales. En invierno lo frío predomina sobre lo caliente y, en verano, lo caliente prevalece sobre lo frío. Por ello cada uno de los cuatro elemen-

47 *Ibidem*, aptdo.: 10, p. 410.

48 *Ibidem*, aptdo.: 10, punto a, pp. 410-421.

tos “vive la muerte del otro”, puesto que, la muerte de uno de ellos, implica el nacimiento de otro de esos elementos. También Marco Aurelio decía que la tierra se convertía en agua al morir, el agua se tornaba aire tras su muerte y el aire se transformaba en fuego tras morir, ocurriendo igual a la inversa. Además, en función del “fuego cósmico” se hacen otras afirmaciones más de la ley del cambio entre los contrarios⁴⁹.

Con respecto a la tercera afirmación, conviene decir que es una declaración solemne y portentosa y con reminiscencias mítico-heroicas, ya que afirma que este mundo en orden o *Kósmos* no ha sido creado por dioses ni por hombres, porque ha existido de siempre, y es un fuego eterno o siempre-vivo que se enciende o extingue según medida. El término *Kósmos* es, pues el mundo sujeto a un orden. Lo de que el mundo se forma y se destruye alternativamente, opina Aristóteles que es lo mismo que hacerlo eterno, si bien, una vez que se ha destruido a la *ἀρχή*, se destruye este “modelo de cosmos”. No se sabe si Heráclito creyó en la *εφύρασις* (destrucción del mundo por el fuego) periódica, aunque puede ser que la propusiera para afirmar la identidad de los contrarios. Quizá se quedó en decir que todo en cierto momento se convierte en fuego, y que todas las cosas tienen intercambios con el fuego. Así se entendería sabiendo que la *ἀρχή* de los milesios fue siempre algo intermedio entre dos contrarios, por encerrar a los dos miembros de cada pareja de contrarios, que después podrían tomar direcciones opuestas. La excepción la representa el fuego, que no tiene contrario. Algunos relaciona la *εφύρασις* con el Gran Año de los pitagóricos, que dura 10.800 años y es lo que tardan Sol, Luna y planetas vuelven a igual posición de un tiempo anterior. El fuego que es el cosmos es eterno y siempre-viviente, con lo que se acerca a la *psyche* o principio vital. El fuego eterno del cosmos se esta encendiendo y *extinguiéndose* según medida. En su estado presente, el cosmos se mantiene de dos modos: a) en partes del mundo se está encendiendo y, en otras, apagando, según medidas que aseguran el equilibrio de los contrarios y el orden universal; b) el fuego se mantiene por la interacción simultánea de fuerzas contrarias que tienden en direcciones opuestas como el arco o la lira⁵⁰. Sobre esto último, ya se ha mencionado la “teoría de las cuerdas”, de Brian Greene.

Al proceso del cambio, Heráclito lo llamó “uno y el mismo”, que correspondía a la enigmática expresión “el camino hacia arriba y hacia aba-

49 *Ibidem*, aptdo.: 10, punto: b, pp. 423-428.

50 *Ibidem*, aptdo.: 10, punto: c, pp. 428-233.

jo”, con la que quería decir que todo cambio estaba marcado por los opuestos, cuyo enfrentamiento comenzaba con el ascenso o predominio de uno de los dos y terminaba con su derrota por parte del contrario y su bajada o retirada del punto preponderante que había conseguido, para que el vencedor iniciase un itinerario similar, a continuación, que acabaría de igual modo que el anterior, de acuerdo con los ciclos correspondientes para cada uno de ellos. En ese proceso de ir hacia arriba y hacia abajo, además, se produce transformación de las distintas formas de la materia y pasan a ser las cosas otras distintas, siempre por la influencia del fuego, pues todo tiene intercambio con el fuego, ante la definida primacía que ostenta en el mundo, por su divinidad y vida perpetua, aunque sea accidentalmente modificable, ya que con una *physis* permanente e inalterable no se podría producir la ley del flujo, que quedaría cambiada por la del reposo y estabilidad. La ley del universo es, en consecuencia, una ley de cambio y no de reposo ni de permanencia. Es la ley de la lucha, porque la guerra es el señor de todo, siendo el fuego lo que mejor la representa. En cuanto al cambio, Heráclito lo expresa diciendo que la nueva materia que surge, procede de la muerte de otra materia anterior. En lo que atañe al alma, anota que es seca y cálida o ígnea cuando está llena de vida e inteligencia, pero que, si le entra humedad, se apaga el fuego de su existencia y el alma muere como una exhalación, ya que con eso se identifica en su vida. Heráclito pone el ejemplo del sol, por ser también fuego, dado que, cuando al declinar se hunde en el mar y se moja, muere, volviendo a resucitar por la mañana cuando sale del mar y se seca. Según esto, no existe la extinción completa, pues queda la esperanza de resucitar después, aunque ello suponga el riesgo de cambiar en otro elemento. Con ello, insiste Heráclito en decir que los contrarios son idénticos, ya que el camino hacia arriba y hacia abajo es uno y el mismo; y vida es a muerte lo que ésta es a vida: un proceso único. La transformación de los cuerpos físicos y del alma se incluye en un único y mismo proceso⁵¹.

El fuego es lo que permanece más constante en todas las transformaciones por lo que su medida es la medida patrón o común para todas las cosas. Parece que Heráclito estaba seguro de esto, pues llegó a afirmar que el sol no llegaría a traspasar sus medidas, ya que de hacerlo la justicia lo destruiría. Pero lo del flujo se los movimientos contrarios, generador

51 *Ibidem*, aptdo.: 11, pp. 433-437.

de lucha o guerra, no ha sido aceptado por todos y hay quienes piensan, como Kirk, que Heráclito fue defensor de una estabilidad tal que se “sobreponga a todo cambio, sobre todo al cambio entre contrarios”. El cambio ha de mantenerse dentro de unos límites, gobernando la lucha, para que se mantenga el equilibrio global, que es necesario para la conservación del cosmos. El fuego, como elemento rector, es muy ligero e incorpóreo y es lo que hace que las cosas se muevan. Incluso es, como la *psýché*, el alma de las cosas y el vehículo de la vida. Es alma porque también es exhalación o *ἀρχή*, a partir de la que se constituyen las demás cosas, de acuerdo con Heráclito. Quizá pensó éste que el “fuego” de su sistema no era fuego auténtico sino vapor seco caliente, parecido al *aithér* del *aér* o fluido menos puro que envuelve la tierra. De aquí que el alma fuese inmortal, porque había recibido una chispa del *aithér*, que la identificaba con el fuego divino y que, tras la muerte, le permitiría retornar a él. Esta identificación del alma con el fuego la consigue Heráclito a través del *aithér*, del que participan tanto el “fuego divino” como el alma humana. La extinción completa, por otro lado, no existe, y la muerte es el cambio a otro elemento, de modo que tanto da el camino hacia arriba como el camino hacia abajo. Hay, pues, transformación de cuerpos físicos y del alma en un mismo proceso, que es continuo, como el del agua del río que siempre está cambiando y nadie puede bañarse en ella dos veces distintas. Hasta el ser humano se transforma y cambia sus componentes por otros nuevos (pelos, uñas, carácter, etcétera). No se sabe en que proporción, sin embargo, queda el flujo cambiante condicionado por la realidad permanente, en Heráclito, aunque se sabe que le concedió mucha importancia al Logos, con su sentido imperecedero de ser lo que *es* o *existe* de forma permanente, dotando al *Kósmos* o equilibrio del mundo de unas leyes constantes y eternas. Las fuerzas materiales y espirituales se mantienen unidas como aspectos de la misma unidad, aunque muy características y bien diferenciadas individualmente. Por eso al Logos se le llama “lo común”⁵².

La *ἀρχή* queda por encima de la circunferencia del cosmos, incluido el *aithér*, pero penetra en el mundo con sus rayos y se mezcla con sus seres, haciendo que toda la naturaleza mantenga parentesco con ella, lo que posibilita al alma que, tras la muerte, pueda llegar a ser una estrella, sumergirse en el *aithér* o quedarse encarnada en el *aér*. En esto Heráclito

52 *Ibidem*, aptdo.: 12, pp. 438-442.

participó del pensamiento general de su época, con la opinión de un Logos-fuego o *aithér* que circunda el mundo con su eternidad, inteligencia y alma pura, lo que indica que tuvo idea religiosa, pues ese Logos-fuego es divino y equivale a Dios, para el que todas las cosas son bellas y contiene todos los contrarios, de modo que se identifica con ellos, de manera que el Logos-fuego o Dios se identifica con la justicia divina y la lucha cósmica, que es la expresión material de todos los contrarios y todas las oposiciones. La teología de Heráclito incluía, pues, el concepto de juicio divino, en el que estaban contenidos los pares de contrarios: justo e injusto, bueno-malo, culpable-inocente...⁵³

Del cosmos u orden cósmico, Heráclito opina que ha existido desde siempre y que continuará existiendo, lo que no sería posible si alguno de los contrarios obtuviera alguna vez una ventaja permanente. En rigor, ningún contrario podría existir si su contrario desapareciera. El Logos o ley divina de medida y proporción es un referente básico en el universo heraclíteo, puesto que supone que todas las fuerzas opuestas están contenidas en la unidad del Logos que las trasciende. Es él “sabio único”, encerrando todos sus contrapuestos de día y noche, invierno y verano, guerra y paz. Además, el mundo es un organismo vivo, como continuó siéndolo para Platón y para los estoicos, y está unido a la totalidad unitaria del cosmos. El Logos es común a todos (ley universal), nuestras almas son ígneas y estamos en contacto directo con la razón cósmica. Conviene, por eso, cultivar la naturaleza ígnea del alma, para que, tras la muerte, se una con el Logos-fuego. El camino para llegar a esta meta es el camino de la inteligencia⁵⁴.

Entrando en recopilación de dichos puntuales de Heráclito, hablando de Hesíodo afirmó que era el que sabía más cosas, aunque no distinguía entre la noche y el día, si bien afirma que se trata de una sola cosa, por lo que le reconoce gran sabiduría a Hesíodo. Se trata de unificación de contrarios, tendencia que asumió Heráclito con convencimiento. Así, lo corrobora en otro fragmento al decir que hay contacto de contrarios en totalidades tales como lo convergente y lo divergente, lo consonante y lo disonante, y la realidad conjunto de cosas frente a la única cosa que es la realidad⁵⁵. Igual razonamiento sigue al asegurar que todas las cosas son

53 *Ibidem*, aptdo.: 13, pp. 442-445.

54 *Ibidem*, aptdo.: 16.

55 Colli, Giorgio: *La sabiduría griega*, vol. III, Editorial Trotta, S.A., Madrid, 2010, col., fragmentos: A26 y A27, p. 39.

un trueque a cambio de fuego, como lo es el fuego a cambio de todas las demás cosas, igual que lo son los bienes que se cambian por oro y el oro que se da por bienes⁵⁶. Prosigue tal decir con lo de “inmortales mortales, mortales inmortales; vivos en la muerte de aquellos, pero muertos en la vida de aquellos”⁵⁷. Cambia de asunto cuando asegura que un alma que se abrasa de sed es la más sabia y la más valiosa⁵⁸, porque eso quiere decir que está seca y no tiene humedad, o sea que es fuego puro o espíritu en consonancia con el Logos o fuego cósmico y sin materialidad ni corrupción. En lo de las dualidades u opuestos concordantes encaja su afirmación de que Hades y Dionisos son el mismo dios, en cuyo honor se producen los éxtasis y se da rienda suelta a delirios báquicos⁵⁹, puesto que, en el razonar de Heráclito, la vida (Dionisos) y la muerte (Hades) se complementan y unen: la vida para dar muerte y, ésta, para dar vida. Igual temática expone, cuando dice de los humanos que, una vez nacidos, quieren vivir para encontrar destinos de muerte, deseando reposar y dejar hijos, para que sigan naciendo destinos de muerte⁶⁰. Es la sucesión encadenada, en la que se quiere vivir para morir, y morir para vivir de nuevo, siempre con los opuestos complementándose. Con otros conceptos, vuelve al dualismo, al decir que la intuición no es fuente de una sólida experiencia, pues, de ser así, se la habría enseñado, por una parte, a Hesíodo y a Pitágoras, y por otra, a Jenófanes y a Hecateo⁶¹. Aquí lo que enfrenta es dos tipos de conocimiento, que son la intuición o saber por presentimiento con la experiencia o saber por comprobación.

Cuando, por otra parte, dice que Helios no rebasará las medidas, pues si lo hiciera, lo descubrirían las Erinias, servidoras de Dike⁶², alude el autor a que el Sol o “fuego cósmico”, en su papel de regulador del orden universal, nunca se excederá en su preponderancia como espíritu y fuego rector del mundo, ya que, de hacerlo, sería juzgado y amonestado por ello, de modo que no existe el riesgo de que el cosmos se acabe con fuego.

56 *Ibíd.*, fragmento: A 29, p. 41.

57 *Ibíd.*, fragmento: A 43, p. 53.

58 *Ibíd.*, fragmento: A 51, p. 59.

59 *Ibíd.*, fragmento: A 60, p. 65.

60 *Ibíd.*, fragmento: A 62, p. 67.

61 *Ibíd.*, fragmento: A 67, p. 71.

62 *Ibíd.*, fragmento: A 81, p. 81.

Una ambigüedad que aproxima bastante los extremos, es la que anota Heráclito al declarar que hay una sola cosa que no quiere y, a la vez, quiere ser llamada con el nombre de Zeus, y que es la sabiduría⁶³, porque indica que la sabiduría, por provenir del Logos, es divina, pero, en cuanto que se manifiesta en el hombre es humana. Refiriéndose posiblemente a este dios, afirma Heráclito que el dios es día y noche, invierno y verano, guerra y paz, saciedad y hambre, y cambia de igual manera que el fuego; cuando se extiende mezclado con otros elementos, recibe distintos nombres, según le convenga⁶⁴. En una manifestación clara de que en el dios cósmico y universal se contienen todos los contrarios y que, por tanto, provienen de él, siendo su misión regular y equilibrar la actuación de los mismos, para mantener y garantizar el orden mundial. También de los contrarios es la opinión de que las cosas frías se calientan, las cálidas se enfrían, las húmedas se secan, lo caliente se humedece⁶⁵, lo que quiere decir que cada elemento da lo que tiene y recibe de otros elementos otras cualidades, como el calor lo que está frío o la humedad lo que está seco. Es la ley de la complementariedad entre opuestos.

En la línea de acción-reacción de contrarios está el fragmento siguiente: “la enfermedad hace que la salud resulte más agradable y placentera; y eso mismo hace el hambre con respecto a la saciedad. De igual manera, el trabajo difícil hace más comfortable el reposo”⁶⁶. Esto explica que un elemento se puede ver potenciado por el efecto negativo de su contrario.

Que los contrarios son dos caras distintas de una misma realidad, eso parece evidente, como indica Heráclito cuando dice que “en nuestro interior está presente una misma realidad, cual puede ser: vivo y muerto despierto y dormido, joven y viejo. Si se trasponen esas realidades, las primeras resultarán segundas, y las segundas, primeras”⁶⁷. Da a entender el autor que hay estados o situaciones que no se podrían dar sin existir la opuesta, v.g.: nada podría estar muerto si no existiese el estado de vivo. Si se prolonga uno de esos estados, se torna en el contrario. V.g.: un joven que, de mucho prolongar su juventud, se hace longevo.

En otro fragmento de su obra, explica Heráclito que unas veces la totalidad es una sola cosa, que va unida por la amistad que le otorga Afro-

63 *Ibíd*em, fragmento: A 84, p. 83.

64 *Ibíd*em, fragmento: A 91, pp. 87 y 88.

65 *Ibíd*em, fragmento: A 108, p. 99.

66 *Ibíd*em, fragmento: A 111, p. 101.

67 *Ibíd*em, fragmento: A 115, p. 103.

dita, en tanto que, otras veces, esa totalidad resulta ser una multiplicidad en guerra consigo misma por culpa de la confrontación entre sus componentes⁶⁸.

De la autenticidad y plenitud de las cosas, Heráclito es del parecer de que “ninguna cosa existe, sino que siempre se está haciendo”⁶⁹, con lo que parece decir que todo lo que se ve está en formación y no se contempla como puede ser en su forma completa sino en alguna fase de su desarrollo evolutivo. En ese sentido concuerda con la actual opinión cosmogónica, que afirma que el actual modelo de Universo que se observa es el de un Universo en formación, que está sometido a un proceso de evolución continua.

Pero Heráclito se muestra partidario de que la batalla continúe y de que surjan nuevas estructuras como consecuencia del enfrentamiento de unos contrarios con otros, pues lo considera como la fuente de todo progreso, por lo que critica al poeta que dijo: “ojalá cese la disputa”, alegando que no existiría la armonía si no hubiera agudos y graves, como tampoco habría animales si no hubiera macho y hembra, que son opuestos⁷⁰. A este criterio, en términos darwinianos modernos, se le podía considerar como la pugna vital.

Tal vez, en ese sentido, la naturaleza guste de los contrarios y realice lo concordante a partir de éstos, y no de los semejantes. Por eso une al macho con la hembra y no a cada uno con uno de su mismo sexo, siendo eso lo que se lee en el oscuro Heráclito cuando diserta de “acoplamientos íntegros” y de “el Uno de todas las cosas” y que “todas las cosas son uno”⁷¹. El fuego es el elemento principal para Heráclito, ya que por transformación natural del mismo surgen las demás cosas, a partir de los procesos de condensación y rarefacción. Actualmente parece que no tenía Heráclito interés por los temas físicos y cosmológicos y que se inclinaba más por las cuestiones ético-metafísicas y ético-religiosas, sintiendo desprecio por los sabios milesios, los poetas-sabios Homero y Hesíodo y por las formas de superstición y magia. Los nombres míticos los usaba en forma simbólica⁷².

68 *Ibíd.*, fragmento: A 123, p. 113.

69 *Ibíd.*, fragmento: A 124, p. 113.

70 *Ibíd.*, fragmento: A 127, pp. 115 y 117.

71 *Los filósofos presocráticos*, Editorial Gredos. S.A., Madrid, 1986, col. Biblioteca Clásica Gredos, nº 12, vol. I, pt. 5ª, cap. III, aptdo.: f, p. 350.

72 *Ibíd.*, cap. III, aptdo.: Introducción, punto: 2, p. 314.

Entre los filósofos modernos Heráclito ha adquirido mucho interés y fue un pensador que, como los Siete Sabios, usó su propia máxima. Se mantuvo en la línea de la épica y la lírica tradicional, pero en su estilo aforístico cada frase era una sentencia, muy de acuerdo con la tradición gnómica, representada por los escritores Esquilo y Píndaro. En el mensaje de sus textos también fue novedoso e hizo escuela, con unos seguidores demasiado retorcidos y pedantes, hasta el grado de parecer ridículos. Su obra se perdió hasta que fue recuperada por los Padres de la Iglesia, si bien su libro se perdió para siempre, lo que deja descontextualizadas las citas que se hacen de él y los fragmentos del mismo que se han conservado. Quedan poco más de cien restos del libro de Heráclito. En dicho libro se advierte un pensamiento arcaico, mencionándose la presencia del Logos, que es entidad real pero, al mismo tiempo, una explicación lingüística entre nombre y la cosa nombrada⁷³.

Lo que, indudablemente, más interesa para el presente trabajo, es que Heráclito dice en su libro que hay concordia y unidad entre opuestos o contrarios, que, por su parte, forman tres grupos: 1º, los contrarios que son uno porque están en el mismo objeto; 2º, los contrarios que son unidad pero según el observador; 3º, los contrarios que son uno por mutua convertibilidad. Las cosas en sí, reconoce Heráclito que son unidad o una sola, porque la razón hace tal unidad, aunque poseen, no obstante, sus distintas partes o contrarios en tensión continua, como los ejemplos que aduce el autor con el arco, la lira y otros más⁷⁴.

IV. CONSIDERACIONES FINALES

Se llega, con esto, al final de la exposición temática sobre los filósofos griegos presocráticos Anaximandro y Heráclito. El tema, según su mismo título, ha estado centrado en el asunto de los contrarios u opuestos en ambos pensadores, aunque para aportar una explicación más fundamentada de la cuestión, se han tocado otros muchos aspectos del pensamiento de estos personajes, así como del saber y la cultura de la Grecia de aquel tiempo. Asimismo, se ha empleado el método repetitivo o reiterativo, para poder contrastar criterios y opiniones tanto afines como discrepantes y poder pasar de la duda a la certeza, siempre en función de las

⁷³ *Fragmentos presocráticos*, de Tales a Demócrito, Alianza Editorial, 3ª edición, Madrid, 2008, cap. VII, pp. 112-115.

⁷⁴ *Ibidem*, pp. 121-123.

fuentes consultadas, las cuales, en una apreciación objetiva, resultan bastante adecuadas y rigurosas.

Del punto de los contrarios, se ha insistido bastante sobre ellos y se ha comprobado que les dan mucha importancia y que preside la mayoría de las deducciones y conclusiones que van sacando en su razonar; atribuyendo a ellos los cambios y manifestaciones tanto del orden natural como del humano y psicológico o del alma humana. Los dos los consideran como entidades o agentes sustanciales, si bien Anaximandro los imagina con un alto grado de materialidad y como antagónicos entre ellos, al tiempo que Heráclito los supone más conectados entre sí y formando parejas que coordinan bien sus actuaciones polarizadas, como si fuesen una unidad homogénea que busca la estabilidad del orden natural. Indudablemente, ninguno de los dos llegó a pensar que los contrarios fuesen solo estados de la materia o cualidades de los cuerpos físicos, ya que aún no había llegado la época en que Aristóteles distinguiera entre lo que es sustancia y lo que es accidente.

MARÍA DEL MAR VILLANUEVA es licenciada en filosofía por la UMA y estudiante de psicología en la UNED.

Líneas de investigación:

Publicaciones recientes:

Dirección electrónica: contactar a través de jagarcia@uma.es